

SOLAMENTE CINCUENTA CENTAVOS

Apenas cincuenta centavos fue el precio que un guardia de la costa marítima de Carolina del Norte (Estados Unidos de Norteamérica) pagó por una perra. Pero a la edad de ocho meses, ella reveló su verdadero valor al salvar la vida de otro guardia, Evans Mitchell, fusilero naval de dieciocho años de edad. Era medianoche cuando Nora, la perra, se puso a arañar la puerta del puesto de la Guardia Costera, teniendo en la boca el quepis blanco de Mitchell con el nombre de él grabado. Como Nora daba a entender frenéticamente que quería que ellos la acompañasen, el contramaestre Thomas J. Harris se preparó con rapidez.

La perra corrió delante del jefe y se aproximó a Miller, marinero de primera clase, que estaba haciendo la ronda en aquella noche.

El la siguió y encontró a Mitchell con el rostro en la arena, inconsciente.

Mientras Miller intentaba hacer volver en sí a Mitchell, Nora lo empujaba con fuerza por el brazo, intentando inútilmente levantarlo.

Cuando el jefe llegó, el cuerpo inmóvil fue llevado hasta el puesto, donde recibió el tratamiento de emergencia. Al día siguiente Mitchell fue trasladado al hospital de la Marina, donde permaneció recuperándose durante un mes.

"Mitchell hubiera muerto congelado", dijo Harris, "si la perra no lo hubiera encontrado, pues él estaba acostado en un lugar solitario, en la playa; y la noche estaba muy oscura y fría".

Nora fue a visitar a Mitchell en el hospital, muy solícita por el bienestar de él, demorándose a su lado más que al lado de los otros hombres. Después que Mitchell se restableció totalmente, ella volvió a su política de no tener predilección por nadie.

La historia de esta perra en el puesto de la Guardia Costera comenzó más de medio año antes, cuando un antiguo marinero se la compró a una familia del vecindario. Criada por los hombres en el puesto desde que era una cachorra, ella se aficionó mucho a todos ellos.

Al crecer, Nora comenzó a acompañar a los hombres que patrullaban la playa, y aunque no estaba entrenada para ese trabajo, pronto se mostró tan capaz profesionalmente como los perros entrenados.

Nora podía percibir rápidamente cualquier ruido o cosa extraña, y nunca dejaba al guardia a quien ella estaba acompañando, aunque encontrase a muchos otros patrulleros en la playa desierta.

Al volver al puesto, después de su primera ronda, estaba lista para salir inmediatamente a la segunda. E hizo eso por algún tiempo hasta que comprendió que estaba haciendo dos rondas por noche, al paso que los hombres hacían una sola. De modo que notando que aquella era una tarea adicional, Nora dejó de hacer la segunda ronda, volviendo al puesto para echar un sueño.

Cuando su dueño fue trasladado, quería mucho llevarse a Nora consigo, pero el personal del puesto de la Guardia Costera se había apegado tanto a ella que decidieron contribuir con 50 centavos cada uno, y de ese modo la compraron.